



# Pedro García Cabrera, en la memoria de los días

A propósito de 'Pedro, una rebeldía de silencios'

CECILIA DOMÍNGUEZ LUIS

Fue como volver a oír su voz, que narraba, que recitaba, que reflexionaba y nos hacía reflexionar a través de su poesía, y de esos espacios de silencio que quedaban entre cada verso, que Pedro pausaba para que pudiésemos sentirlo con más intensidad, y así prepararnos para la próxima rebeldía.

Suena el teléfono, pero Pedro no acude. Sigue recostado en una pequeña cama, desde la que llama, inútilmente, a Matilde.

Se oye una radio, Radio Juventud de Canarias, donde una locutora anuncia que esa misma tarde del 19 de septiembre de 1980, se celebrará el homenaje que los jóvenes poetas que integran el grupo *La Joven Poesía Canaria*, tributan a Pedro García Cabrera, en el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife. Suena una melodía compuesta para que esa noche sea inolvidable.

Y aparecen los recuerdos, se personifican. Se juega con el tiempo y el espacio.

Y son los tres tiempos de un Pedro García Cabrera que se rebela, a pesar de las mordazas que intentan detener su lucha.

Así, el joven Pedro habla con la niña Sabela y le cuenta su *Alondra de las letras castigadas*.

La niña se marcha y

entra un Pedro joven.

Es el principio de un diálogo que se establece entre dos Pedros: el de los años 80 que se enfrenta al joven Pedro, en el que ambos recuerdan los errores de la juventud, pero también el deseo de superación y, desde siempre, el compromiso por la libertad de hombres y mujeres.

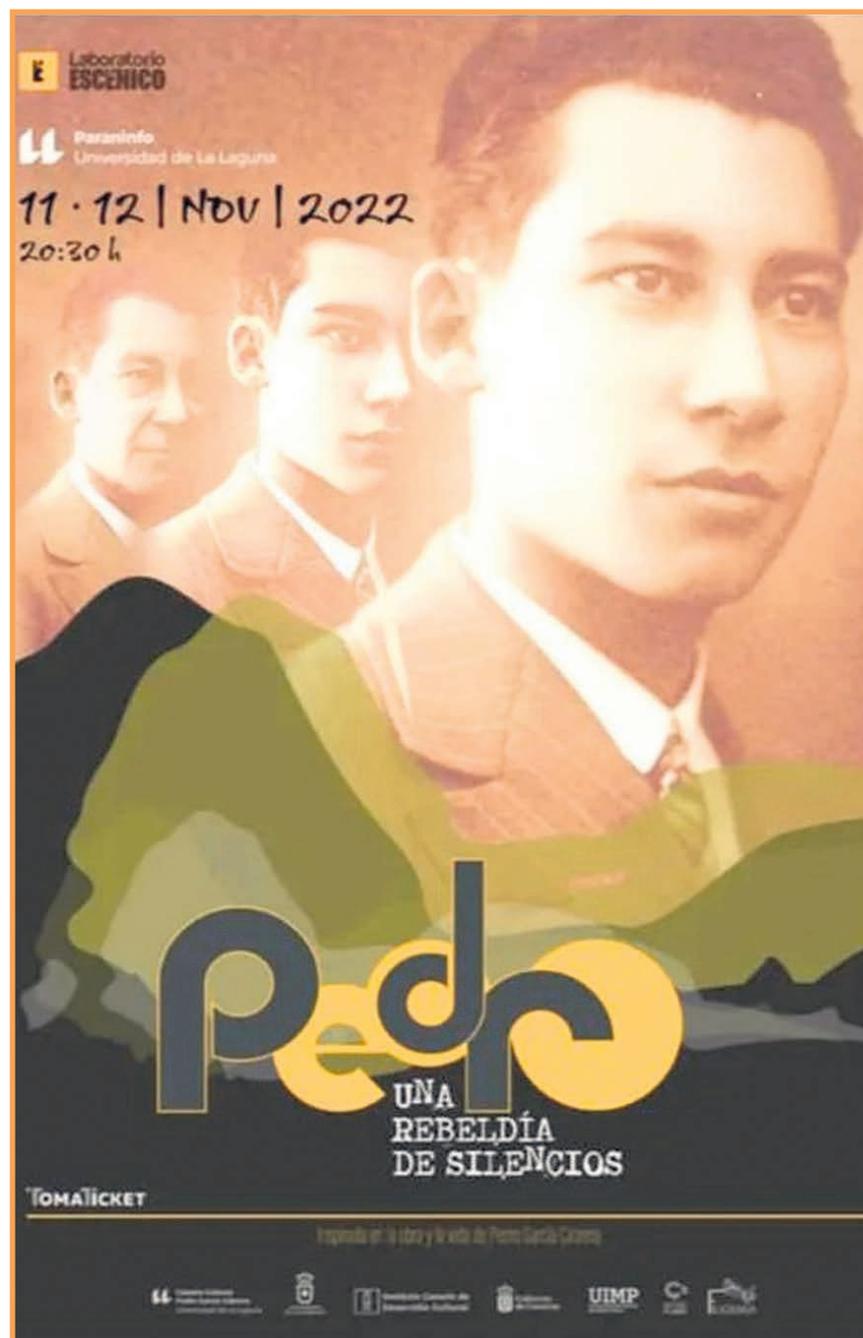
Se dialoga, se discute, y los dos Pedros se reconocen en el tiempo y en la poesía.

España se levanta y la *Azucena Roja* invita a la lucha por salvar la República y sus logros, y los dos Pedros se unen en un mismo deseo: la libertad.

Y ahí está la radio, retransmitiendo noticias del momento, y se escucha, en la voz de la locutora, un poema del Pedro surrealista: *Habla un interruptor*.

De pronto, un foco de luz tenue ilumina las rejas de una prisión, y un Pedro prisionero habla del campo de concentración de Villa Cisneros, del *Romancero cautivo* que escribió en papel de fumar para que no se lo requisaran. Romance donde no hay nombres, sólo el de aquel que ya no está, a quien *sin dar cuartel fusilaron/ a la hora que se apagan/ las estrellas y los faros*, porque es peligroso nombrar. Porque ellos solo son, los deportados, los que van a evadirse.

En la sala un silencio que se palpa: Sí, porque estamos en una representación teatral: Pedro, una rebeldía de silencios. Un homenaje organizado por la Cátedra Cultural Pedro García Cabrera, presidida por el doctor Guadalberto Hernández. El público siente que algo más, aparte de los actores, está en el aire.



LA OBRA PROPONE AL PRINCIPIO UN DIÁLOGO QUE SE ESTABLECE ENTRE DOS PEDROS GARCÍA CABRERA: EL DE LOS

AÑOS 80 QUE SE ENFRENTA AL JOVEN PEDRO, EN EL QUE AMBOS RECUERDAN LOS ERRORES DE LA JUVENTUD, PERO

TAMBIÉN EL DESEO DE SUPERACIÓN Y, DESDE SIEMPRE, EL COMPROMISO POR LA LIBERTAD DE HOMBRES Y MUJERES.

Y no vemos a Patricia Acosta, en su triple papel, ni a Javier Fernaud, Adán Rocío ni a José Félix Álvarez.

Vemos a los tres Pedros-

el joven, el prisionero, el anciano- a la niña Sabela, a la Azucena Roja y a la muerte que, inevitablemente, llega.

Escuchamos la voz suave, y a la vez potente de Laura Álvarez, la locutora, y la música de Yeray Herrera y Daniel Morales.

Y olvidamos, durante toda la presentación que hay un guionista: José Antonio Ramos Arteaga, y un director de escena: Oswaldo Bordón.

Y es que estamos sumergidos en la historia de un hombre, de un poeta. El hombre y poeta que iba a la mar a buscar a sus amigos, su infancia, la libertad para quienes pisasen las orillas de la isla, que en Pedro se vuelve.

Los tres Pedros se alejan. La radio transmite el fallecimiento del poeta gomero y la locutora (Laura Álvarez) recita *A voz en cuello*, un poema que habla de esa libertad que siempre amó aun *con el cuerpo dormido/ entre sábanas blancas*.

Se encienden las luces y todo el elenco saluda desde el escenario.

Nos pusimos de pie, aplaudiendo con fuerza. Yo pude aguantar la emoción hasta entonces. Tuve que regresar a un tiempo, el del aquí y el ahora que abandoné durante toda la magnífica y tan necesaria representación- sobre todo en las circunstancias que estamos viviendo- que me hizo volver a ese otro tiempo de la memoria.

Pedro seguía recitando para mí, en el comedor de su casa, puesto en pie, con una voz que traspasaba las paredes de su hogar, *Con la mano en la sangre*. Su mirada puesta no sé si en un tiempo y un lugar determinados, lejanos o no.

Los aplausos fueron como esa entrada de Matilde, en el comedor, ofreciéndonos unas galletitas que traía en una bandeja. Pero, esta vez, no funcionó y llegó el llanto.

Y Pedro volvió a decirme, con su voz que llenaba todo el espacio: *sin saber que a ti, a mí y al sueño polar de golondrinas/ nos sobra espacio para vivir aun dentro de un beso de paloma*. Y, una vez más, fue cierto.

Hasta siempre, Pedro ■